

¹ Se trata de la carta de pésame de la esposa de Edgar Quinet, Hermione Asaki, a Pilar Guido, fechada en Ginebra el 17 de mayo de 1865, traducida y publicada por Manuel Bilbao en el Apéndice a su *Vida de Francisco Bilbao*, pp. CCXIII-CCXV, de donde la hemos tomado.

² Los 21 años refieren a 1844, como, en efecto, pero por error, dice un poco más adelante. El primer encuentro de Bilbao con Edgar Quinet pudo suceder el 15 de mayo de 1845, y ocurrió así, según cuenta Madame Quinet en sus *Memorias del exilio* de 1868: "El joven proscrito llegó a París en el momento en que las enseñanzas en el *Collège de France* inflamaban a la juventud. La primera vez que éste asistió al curso de Edgar Quinet, escuchó estas palabras, que parecían dirigirse a él: *Sólo Chile parece guardar el alma de los antiguos araucanos*. Al día siguiente, éste se presentó en la *rue de Mont-Parnasse*, 4[bis]; Edgar Quinet vería entrar a un hombre alto, algo espartano de aspecto y de palabra, que le entrega una carta y pronuncia sólo una palabra: *Leedla*. Era una profesión de fe ardiente de entusiasmo, animada por el aire de las Cordilleras. La adopción moral estaba hecha, y duraría hasta la muerte" (Mme. Edgar Quinet, *Mémoires d'exil (Bruxelles-Oberland)*. Librairie International, París, 1868, "Un grand patriote américain", pp. 285-292; una traducción del capítulo en *Obras Completas de Francisco Bilbao*, edición de Pedro Pablo Figueroa, Santiago de Chile, Imprenta de 'El Correo', 1897, tomo I, pp. 1-8).

MADAME QUINET

Carta a Pilar Guido¹

Ginebra, mayo 17 de 1865.

Lloraremos eternamente con vos al amigo, al hermano, al hijo amado que hemos perdido, querida hija, desgraciada amiga, vos que sois también desde hoy nuestra hija, inuestro Bilbao! Vos a quien él tanto ha amado, vos que habéis llevado la felicidad a esa bella vida consagrada eternamente a las luchas y a los sacrificios, ivos sois una parte de él mismo! En vuestro inmenso infortunio, en vuestra desesperación sin consuelo, os queda, sin embargo, la dicha, la gloria de haber sido la mujer predilecta de aquel ser angelical; naturaleza de ángel y de héroe, he ahí lo que ha sido para nosotros Bilbao desde hace veintiún años que mi marido le vio y le amó.² ¿Y quién podría verle y no amarle? Toda su bella alma, sus virtudes heroicas, sus nobles pasiones, irradiaban sobre su rostro y le formaban como una aureola. Reconocíamos en él el genio y la santidad de los grandes libertadores de la patria: Juana de Arco y Garibaldi eran sus hermanos. En sus verdes años, su gran corazón ya había ejecutado acciones que ilustran a la ancianidad, y sus pensamientos sublimes, siempre al nivel de su maestro querido, de su padre intelectual, luchaban en los campos de lo invisible, como su espada en este mundo aspirando a la conquista de la justicia y de la belleza eterna.

¡Ah! ¡Cuánto hemos amado, admirado y comprendido a vuestro idolatrado bien! ¡Y qué fidelidad ha guardado él al sentimiento que había jurado desde 1844 a Edgar Quinet! Era su *misma persona* allende los mares y las cordilleras. Sí, yo he estado persuadida en lo más íntimo que,

después de mí, nadie ha amado tanto a Edgar Quinet, tan ardientemente, tan piadosamente, como nuestro Bilbao. ¿Y ya no lo volveremos a ver? ¿Nunca jamás en la tierra? ¿Ya no sentiremos latir su corazón a la par del nuestro? ¡Oh, Dios mío! ¡Por qué le habéis llamado a vuestro seno! Pocas esperanzas teníamos de volverle a ver en Europa, pero esa halagüeña esperanza no se pierde en cuanto dura la existencia. Le escribíamos raras veces, pero nuestros pensamientos, todos los días, y veinte veces al día, volaban hacia Buenos Aires a encontrarse con los suyos. Cuando mi marido escribía alguna bella página o me comunicaba algún gran pensamiento, decía yo en el acto: *Nuestro Bilbao va a estar contento*. Es a él a quien teníamos presente antes que a todos los otros amigos y parientes. Él era nuestro hijo querido y ha ido a reunirse en un mundo mejor a mi hijo, mi amado Jorge que perdí el catorce de marzo de 1856. Después de esta pérdida irreparable, nuestras esperanzas se concentraron más en Bilbao. Soñábamos con él como el depositario de nuestros más queridos recuerdos cuando nos hubiésemos alejado de este mundo. ¡Y es él quien nos ha precedido! ¡es él quien nos lega una herencia de dolor y de gloria! ¡Sí, tenemos grandes deberes para con su amada y noble memoria! ¡Y quiera el cielo que nuestra salud nos permita cumplir bien pronto esta deuda del corazón!³

Querida y pobre amiga, yo os escribo aunque bajo el peso de un grande sufrimiento, no hallándose mi marido todavía en estado de contestar a vuestro cuñado Manuel. Ha estado enfermo todo el mes de mayo y ha pasado por grandes angustias, pero Dios ha querido volverle a la salud. El invierno este año ha sido muy duro para nosotros. ¿Sabéis lo que ha quebrantado tanto a mi marido? La muerte del coronel Charras, el 23 de enero.⁴ ¡Y ahora sobreviene este cruel dolor!... ¡Oh, Dios mío!

Habíamos venido a Ginebra a pasar aquí algunos días tranquilos, habiendo mi marido sufrido mucho por un exceso de trabajo y de grandes pesares. Al día siguiente de nuestra llegada, viene la carta de Buenos Aires.⁵ Creo reconocer la letra querida de nuestro amigo y exclamo: ¡qué dicha! ¡noticias de Bilbao! ¡Dios mío! Las primeras líneas de aquella terrible noticia nos anonadaron. Al principio no tuvimos lágrimas: ¡nos quedamos sin aliento! El deber de sostener, de consolar al querido desterrado, ya tan probado por el sufrimiento, me ha dado fuerzas, y ahora dirigimos nuestras miradas, nuestros pensamientos hacia el cielo, donde la bella alma de vuestro amado bien resplandece más brillante que la Cruz del Sur en el firmamento de Dios. En mis oraciones,

³ Esa “deuda” se concreta con la publicación en 1868 del capítulo dedicado a Bilbao titulado “Un gran patriota americano” en sus *Memorias del exilio*, citada en nota anterior.

⁴ Jean-Baptiste-Adolphe Charras (1810-1865) ocupó el cargo de Ministro de Guerra entre el 11 y el 17 de mayo de 1848 y fue exiliado de Francia el 23 de enero de 1852.

⁵ Madame Quinet escribe a Madame Michelet el 24 de mayo de 1865: “No quiero hablar hoy de nuestro amargo dolor, del duelo al que la noticia de Buenos Aires nos entrega. ¡Bilbao era nuestro hijo! ¿Su hermano le ha escrito al Sr. Michelet?” (*Correspondance Général. Textes réunis, classés et annotés par Louis Le Guillou, en collaboration, pour la partie E. Quinet, avec Simone Bernard-Griffiths et Ceri Crossley. Libraire Honoré Champion, Paris, 12 vol., 1994-2001. Véase carta n° 10.103*).

invoco a ese testigo celeste, a ese corazón transfigurado que habita al lado de Dios, que nos envíe la paz celeste y la salud para Edgar, y para vos querida hija. Cuando tengáis valor para escribirme, dadme todavía detalles. Decidme si él hablaba también de mí algunas veces. Que yo sé que el nombre de Quinet estaba en sus labios y en su corazón hasta el momento supremo. ¡Ah, si hubieseis conservado a vuestro hijito! ¿Sufrió él mucho con la muerte de esa amada criatura⁶? Mi querida hija, recibidnos como a los padres de vuestro Bilbao. Sed nuestro consuelo, ¡y que Dios os ayude en vuestra desgracia! Os abrazamos con toda el alma.

⁶ Lautaro Bilbao Guido nació el 16 de septiembre de 1864 y murió a los 43 días. “A todos sorprendía su mirada, intelectual y penetrante. ¡Cuántas esperanzas y proyectos! Todo acabó”, escribe Bilbao en su *Diario (Vida de Francisco Bilbao)*, p. CLXXVII).

A. – Mi marido escribirá a D. Manuel en cuanto se mejore. Yo escribiré también a Quiteria, a quien abrazo, así como a su pobre madre. Mi marido os dirige a todos sus tiernos recuerdos. Escribid siempre a *Veytaux, canton de Vaud*. Escribidnos en español, comprenderemos vuestra carta con el corazón.